

Johana

Patricia Nieto Nieto

Este reportaje es un homenaje a Johana María Zapata Muriel, una joven que vivió en Medellín hasta el 23 de abril de 2002 cuando decidió apagarse. Su nombre recuerda la luna, el baile, la risa, la soledad y la renuncia. Aquí aparece llena de vida, dos años antes de morir.



Un poco después de las tres, cuando el cielo comienza a teñirse de azul, un viento helado golpea las montañas que rodean a Medellín. En La Cruz, un retoño de la comuna nororiental, la brisa del amanecer dobla pinos y guayabos, levanta techos de zinc y paredes de plástico, congela los pies de los dormidos y las voces de quienes a esa hora se trenzan en cantos, bailes y besos. La primera en apagarse es la voz de El Mono, un *disc-jockey* que hace dúo con los reyes del vallenato y traduce al español las letras del *raga*. Después, cuando la grabadora de cuatro parlantes deja de sonar y se extinguen viejas conversaciones empañadas por el alcohol, las voces hirientes de Yuli, Tita, Liliana y Johana prolongan las despedidas.

Yuli es una muchacha de voz metálica, nariz de muñeca y cachetes abultados que conoció el licor en su fiesta de quince años. De la única noche en que estuvo vestida de princesa le quedaron los recuerdos de un vestido de satín rojo, del vértigo de caer por una escalera que comunica tres pisos, y del ardor que deja el brandy al pasar por la garganta. De Tita se enamoran porque su cabello negro y lacio le cubre toda la espalda. Cuando camina en contra del viento su rostro pálido se perfila como para una fotografía de portada y sus manos heladas buscan refugio en una inmensa chaqueta de dril forrada en lana de oveja. Liliana, en cambio, soporta el frío con un valor sobrecogedor. Sólo una camiseta de franela al ombligo y un pantalón de dril muy ancho la separan del choque directo con el viento. Tal vez por ese traje desprovisto de felpas e impermeables parece desvalida y temerosa. Johana, la mayor del cuarteto, apenas alcanzó un metro con cuarenta y cuatro centímetros. Al momento de la despedida dicesimplemente ¡*Chao!* porque sus pulmones desgastados por el humo y el esfuerzo del baile no soportan una frase más.

Yuli, Tita y Liliana comienzan el ascenso por la empinada carretera que llega a la cancha de fútbol. Allí sueltan las últimas carcajadas de la noche de fiesta que expira y se van por los caminitos de tierra y piedra que las llevan a sus ranchos. Johana, en cambio, trata de controlar la velocidad que alcanza su cuerpo cuando comienza el descenso por la carretera en forma de tirabuzón que los vecinos de La Cruz se demoraron diez años en construir. A veces imagina que desciende por un tobogán a toda velocidad o que una montaña rusa le ofrece una de esas caídas libres que destemplan las piernas y agitan el corazón.

Las palpitaciones le golpean el pecho cuando se detiene en el cruce de la carretera con el camino de los pinos para mirar a Diego y decirle, con el brazo en alto, que será hasta una semana después. Por el camino pantanoso, estre-

cho y todavía oscuro camina con dificultad. Trata de pisar las piedras que funcionan como un enchape rústico sobre el sendero de aguas estancadas, pero, a veces, su pie caliente después de siete horas de baile se contrae al contacto con los charcos. Brinca por unas escalas labradas en el barranco y cae en el patio de su casa donde reposan dos perros y un pájaro. En puntillas se abre paso entre el jardín que conoce de memoria y alcanza la puerta entreabierta.

Tendida sobre su catre azul, y para entretenerse mientras la vence el cansancio, Johana repara otra vez los rostros de quienes ha elegido para entrar en los sueños. Ricky Martín aparece sonriente en el ángulo que forman las dos paredes que sirven de nicho a su cama. Johana entorna los ojos para mirar al hombre que al mover la cadera al ritmo de *La Copa de la Vida* le confirmó su intuición sobre lo que es la sensualidad. Desde una lámina gigante pegada casi en el cielo, Enrique Iglesias reina sobre Johana tirada de mala gana sobre su lecho de pobre. Iglesias tiene el lunar mejor puesto de los que conoce y eso, aunque no sabe cantar, le da méritos para estar en el lugar privilegiado de su galería personal. Después siguen, en posiciones menos importantes, Carlos Ponce, Shakira, el diploma de quinto de primaria, dos angelitos y decenas de fotografías pequeñas de cantantes que son flor de un día. Al final del muro, justo donde descansan sus pies, está la fotografía de cuerpo entero de John Zapata, el tío que ya difunto se convirtió en un ángel de la guarda. Frente a esa cara manchada por los soles de Santa Rita de Ituango y esas manos cuarteadas por el cemento, los humores de la noche de fiesta se desvanecen.

Envuelta como un caracol, Johana parece más pequeña. El contacto del vientre tibio con las rodillas todavía heladas le produce el último escalofrío de la noche más feliz de la semana, y el calor que siente cuando rodea las piernas con los brazos le hace pensar que la soledad entró en una semana más de su vida. Lejos del baile, la rosa roja, repleta de pétalos y espinas tatuada en su pierna izquierda, no tiene quien la mire, y las iniciales de sus nombres dibujadas para

Envuelta como un caracol, Johana parece más pequeña. El contacto del vientre tibio con las rodillas todavía heladas le produce el último escalofrío de la noche más feliz de la semana, y el calor que siente cuando rodea las piernas con los brazos le hace pensar que la soledad entró en una semana más de su vida.

siempre, una en cada uno de los dedos de la mano derecha, no tienen quien las nombre. Y si nadie acaricia su rosa y si nadie pronuncia su nombre es porque no existen. Johana murmura un Padrenuestro por el tío muerto y ensarta uno a uno los rezos por los cuñados muertos, por los amigos muertos, por los vecinos muertos, por los que ya no existen. Y así... de rezo en rezo se queda dormida con los labios secos.

Las respiraciones de domingo por la mañana, pesadas y calientes, adormecen a quienes intentan levantarse antes de la seis en la casa

de Johana Milena Zapata Muriel. La primera en darse vuelta sobre su propio sueño es Herminda Muriel, una mujer blanca y tranquila, que ha pasado más de la mitad de sus cuarenta años sirviendo en casas ajenas y pariendo hijos. Todavía vende empanadas, chorizos y buñuelos para los trasnochadores de domingo y todavía le faltan tres meses para tener en sus brazos a quien destronará a Johana de su lugar de niña entre los Zapata Muriel. A su lado, Germán Danilo Zapata duerme profundamente aunque los primeros rayos del sol entran por la ventana. El papá de Johana es un hombre rudo a quien después de quince años en Medellín se le perdió el reloj natural que traen los campesinos al nacer y que les sirve para acostarse con las aves y levantarse con el sol. Nadie en La Cruz puede esperar que en la tienda de Danilo le vendan una pasta de chocolate antes de las ocho de la mañana, pero todos recurren a él cuando una urgencia los acosa casi a la media noche.

El primero en abrir los ojos en la casa azul rodeada de pinos y cafetales es Germán, el único hermano de Johana que a los dieciocho años todavía depende de Danilo. Hace pocos meses

En la vetusta Ford nadie habla. Los hombres secan sus caras con pañuelos blancos, huelen a lociones ordinarias y cuando respiran expelen un vapor que se confunde con la neblina. Las mujeres usan lentes de sol para que nadie vea cuánto han llorado y sobre sus labios han puesto colores tristes.

dió sus primeros pasos hacia la independencia: con tablonos y tejas de zinc construyó una habitación anexa al cuerpo de la casa, pero completamente independiente. Pasa las primeras horas escuchando rock sin molestar a los demás, y sólo se levanta cuando el calor lo saca de su *suite*. Cuando llega a la cocina sólo quedan los restos de los desayunos de los más madrugadores. Mordisquea un pan, levanta la cortina que sirve de puerta a la habitación de Johana y la contempla dormida con su rosa roja al aire y con sus dedos heridos de estregar

Soledad es lunes

ropas ajenas aprisionados entre sus anillos de lata. La niña está dormida y triste como una cenicienta desdichada que no se apresura en arreglos y perfumes porque sabe que tampoco este domingo llegará un príncipe azul.

El único día que la camioneta Ford azul celeste baja llena desde el morro de La Cruz es el lunes. Los tierrudos, como llaman en Medellín a quienes viven manchados del polvo amarillo de los barrios altos, prefieren bajar corriendo por

trochas y caminos antes que pagar doscientos pesos por llegar con el corazón y los zapatos sanos a la terminal de buses de Manrique Oriental. Pero el lunes a las seis de la mañana, los pasajeros pelean por un asiento en el oscuro y maloliente volco acondicionado para más de quince personas. Johana, con el cabello húmedo adherido a su espalda y las ojeras apagándole los ojos, viaja prendida a una varilla negra y fría.

En la vetusta Ford nadie habla. Los hombres secan sus caras con pañuelos blancos, huelen a lociones ordinarias y cuando respiran expelen un vapor que se confunde con la neblina. Las mujeres usan lentes de sol para que nadie vea cuánto han llorado y sobre sus labios lucen colores tristes. En los cinco minutos que dura el descenso por la carretera, pavimentada a punta de convites y bazares, las sonrisas son escasas.

Las mañanas de los lunes los hombres pierden su condición de futbolistas de barrio, bailarines de *rap* y don juanes y se uniforman con las caras de albañiles, vendedores ambulantes y porteros. Las mañanas de los lunes las mujeres viajan vestidas de recicladoras, cocineras y aseadoras de edificios. Cuando van en el colectivo no son futbolistas de domingo, ni peluqueras de vecinas, ni niñeras de sus hijos. Johana no es más la bailarina de merengue y vallenato. Es, desde esa hora, una más entre las empleadas del servicio que bajan de los barrios pobres de Medellín a buscar su puesto en una cocina.

La primera vez que Johana viajó en la Ford azul sintió un gusano picando en la garganta y se tragó las lágrimas antes de que rodaran por sus pómulos salientes y trigüeños. Fue en febrero de 1998 cuando en lugar de vestirse con la blusa blanca, la falda a cuadros y los zapatos negros que la convertían en colegiala, escogió un jean desteñido y una camiseta ombliguera para acudir a su primer día de trabajo. Herminda Muriel, sentada en la tienda donde su marido vende cuadros de jabón y pañales desenvueltos, recuerda esa mañana: "Nosotros ya le teníamos el uniforme, los útiles y zapatos nuevos pero ese día nos dijo seriamente que no iba a estudiar. Ella no volvió al colegio porque perdió séptimo. Tenía que repetir y no quiso volver a estudiar. Trabajar en casas es muy horrible. Yo considero a Johana. Yo le rogué esa mañana que no se fuera a trabajar, pero ella me contestó que le gustaba más la plata que el estudio".

Danilo Zapata, resignado a que la cuarta de sus hijas tomara el mismo oficio que las mayores, no quiso estar presente para la despedida. "Yo no pensaba que a ella le diera por trabajar a los quince años. Yo lo único que quería era que ella estudiara. No se cuál fue la idea que ella tuvo. Comida no le faltaba, ropa tampoco y tenía su

calzado. De repente le dio ese arrebató de irse a trabajar. Está bien, que lo haga, pero a conciencia de ella. No me gusta que trabaje, pero tampoco me gustaría tenerla en la casa. No me gusta que se vuelvan perezosas. Sin oficio se vuelven unas vagas. A lo último les resulta un amigo y vamos a esto... y arrancan”.

Germán permaneció en su cuarto mirando los afiches, las fotografías y los dibujos a lápiz que cubren las ranuras de las tablas mientras Johana atravesaba el patio enterrado rumbo a la Ford azul celeste. La sintió alejarse y permaneció en silencio porque no tenía nada que decir. “Ella se salió del colegio porque quedó nivelando tres materias -cuenta Germán mientras acaricia las cuentas de la camándula que le cuelga del cuello. -Yo no sé... eso... que trabajara siquiera en otra cosa. Es que todas las hermanas de uno trabajando es en cocinas... no... no aguanta ¿si o no? Que trabaje si quiere, pero en una cosa más... cómo le dijera. Es que la cocina es la profesión de hoy en día y eso no aguanta”.

Johana brincó por las escaleras labradas en el barranco y recorrió el camino de los pinos sin mirar atrás. Cuando la Ford comenzó el viaje lento, contempló el camino que lleva al Colegio Integrado La Cruz. Y viéndolo, pedregoso y empinado, volvió a decir: “el colegio es un gastadero de plata. A mí ya se me olvidó todo. Eso es perder plata. Allá lo regañan a uno y lo gritan, pero no le dan plata. En cambio en el trabajo me van a regañar y me van a gritar, pero me van a dar plata”. Con ese pensamiento dejó atrás el barrio rústico donde había sido feliz.

Una casa que tumbaba el viento

Cuando Danilo Zapata llegó con Herminda, las cuatro niñas y Germán, el camino hacia La Cruz era trocha de mulas. La energía robada de los barrios vecinos sólo alcanzaba para prender un bombillo en cada casa, el humo del petróleo quemado provocaba frecuentes estornudos y el agua llegaba desde la quebrada La Honda por mangueras tendidas como serpientes en los barrancos. Al comienzo de los años ochenta, La Cruz no era exactamente la finca para cultivar que les ofrecieron, pero sí el lugar para plantar una familia después de *andareguinar* por fincas del eje cafetero y por piezas y casuchas en San Javier, un barrio del occidente de Medellín.

Mientras Herminda Muriel da vuelta a los buñuelos que se doran, recuerda los primeros días en La Cruz. “Un tío nos dijo que iba a comprar por acá una finquita para que nosotros la cuidáramos. Hicimos un ranchito todo malo y nos metimos ahí. La luz era de contrabando. Y el tío dijo: ‘como tengo tantos lotes les voy a vender uno’. Los solares eran a cinco mil pesos. Ya vien-

do que nosotros trabajábamos y no alcanzábamos a pagarle me dio la escritura del solar. El compró el lote como en veintidós mil pesos y me regaló un solar”. Danilo interrumpe diciendo: “ese lugar era como en forma de unos potreros, empezamos a hacer el banqueo y después hicimos el ranchito de tablas. Ya teníamos a Germán y a Johana, más las tres niñas de ella por de aparte. La mayor era Liliana que tenía seis años, Dolly tenía cinco años, Sandra un poquito menos. Seguía Germán y después Johana que cumplía un año larguito”.

La casa era un salón construido con tablones forrados en fieltro negro y techado con una lata de zinc que producía gran estruendo con el viento y con la lluvia. Germán cierra los ojos y recuerda: “cuando éramos pequeños nos manteníamos enterrados. Era un barrio empolvado. Yo me mantenía con mi hermanita; jugábamos de todo. Había muchos árboles. Era un rancho de tablas todo. Era un ranchito con piso de tierra”. En la memoria de Johana aparece “una casa grande, de madera, de teja de lata que dicen y teníamos muchos animales: gallinas, perros... Desde el cafetal donde jugábamos se veía la casa. Era una casa que tumbaba el viento.”

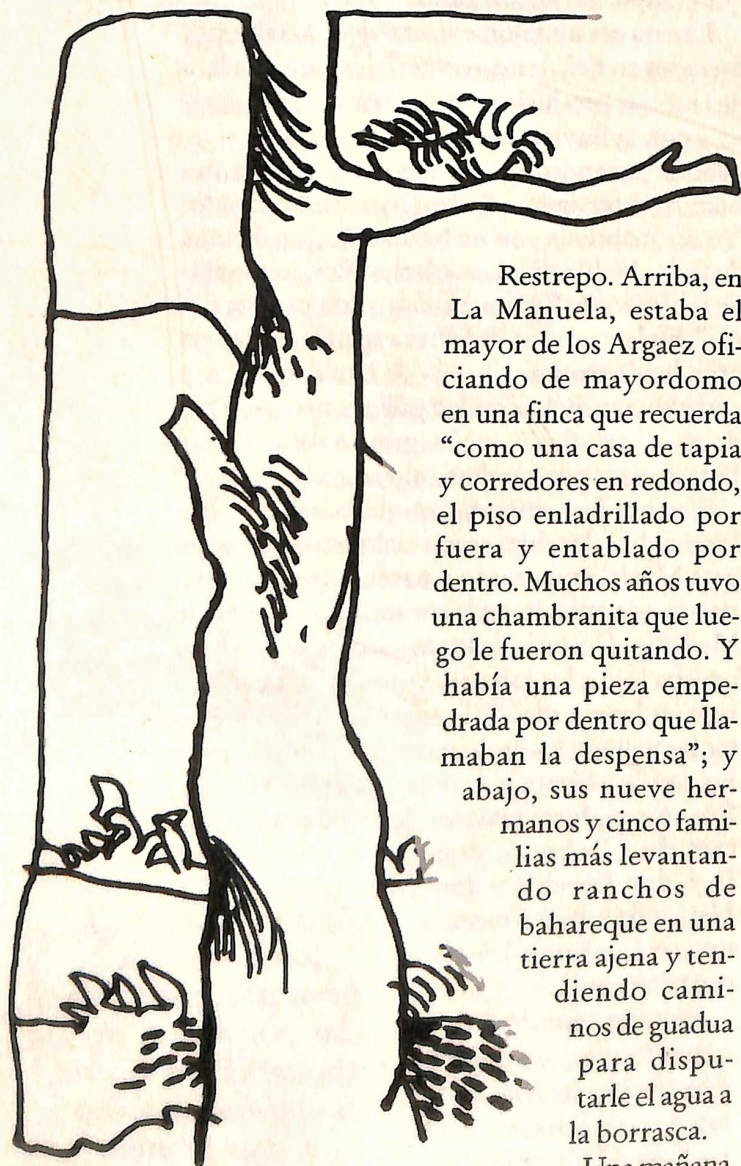
Fue por las tempestades -que pasaban sobre los ranchos de tablas como ciclones- que los Zapata Muriel empezaron a hacer parte de ese barrio que germinaba en la comuna nororiental de Medellín. Después de los aguáceros se ponían a prueba todos los saberes. Unos se dedicaban a reparar las cuerdas de la energía, otros a empujar las mangueras arrastradas por la corriente, y los demás a levantar paredes y asegurar techos. Era en esas duras pruebas de la vida que aparecían don Roberto, don Joel, don Enrique y don Hernando a dar instrucciones con la seguridad de los experimentados.

Fue al comienzo de los ochenta, cuando ciento diez familias armaron sus ranchos en el morro, que las lluvias comenzaron a causar estragos. Antes, cuando en la finca La Manuela vivían los Restrepo, los Arguez, dos leñateros y un carbonero, las lluvias se recibían como una bendición para los sembrados de tulipanes, lirios, campanitas rojas, dalias y claveles que eran el orgullo de la casa. Pero eso ocurría en los sesenta

Las mañanas de los lunes los hombres pierden su condición de futbolistas de barrio, bailarines de rap y don juanes y se uniforman con las caras de albañiles, vendedores ambulantes y porteros. Las mañanas de los lunes las mujeres viajan vestidas de recicladoras, cocineras y aseadoras de edificios.

cuando La Cruz era una montaña sembrada de pinos, guayabos, matasanos y arrayanes; y Hernando Argaez era un muchachito de catorce años a órdenes de don Andrés Restrepo, el dueño de la loma, el dueño de la finca La Manuela.

Don Andrés, un hombre canoso, pecos, pequeño y de piel roja, ordenaba a Hernando limpiar zanjas para que el agua corriera con fuerza, despejar caminos porque la maleza impedía el paso y desyerbar jardines que habían sido durante toda la vida el motivo de desvelo de los



Restrepo. Arriba, en La Manuela, estaba el mayor de los Argaez oficiando de mayordomo en una finca que recuerda “como una casa de tapia y corredores en redondo, el piso enladrillado por fuera y entablado por dentro. Muchos años tuvo una chambranita que luego le fueron quitando. Y había una pieza empedrada por dentro que llamaban la despensa”; y abajo, sus nueve hermanos y cinco familias más levantando ranchos de bahareque en una tierra ajena y tendiendo caminos de guadua para disputarle el agua a la borrasca.

Una mañana cuando Hernando Argaez estaba en su eterno oficio de destapar caños, vio a don Andrés subir armado con una cabuya larga y una pala. Ante la presión de las familias de abajo había decidido lotear su finca y para eso necesitaba marcar los terrenos y pensar en los precios. La noticia del loteo de La Manuela bajó por Aranjuez y Manrique como una gran primicia. Por ella llegaron más Argaez, y junto a ellos los Manco, los Calle, los Henao y los Quintero. Con don Joel Quintero se inició la construcción de un camino que trepó la montaña y por ese camino, subie-

ron decenas de nuevas familias que cogieron tierra y levantaron casas sin permiso. Tanto forcejeó don Andrés para que le pagaran, y tanta fuerza hicieron ellos para no dar ni un centavo, que un día el viejo se fue y nunca regresó.

Las veinte familias que en 1970 habitaban La Manuela, construyeron un tanque revocado para almacenar el agua y dos lavaderos a donde las mujeres acudían por turnos. A partir de 1978 cuando el gobierno aprobó la construcción de una carretera para comunicar al morro con Manrique Oriental, que era lo mismo que unirlo a Medellín, más familias en busca de tierra comenzaron a subir como en romería.

Unos fabricaron sus casas cerca al pantanoso camino de don Joel por donde pasaría la carretera. Los que no alcanzaron ahí, lo hicieron en colinitas con buena vista o en lugares planos donde el viento no golpeará con furia. A los últimos en llegar no les importó dónde. Compraron a quien les vendiera y a como les vendiera. Al llegar los años ochenta, cien casas estaban conectadas ilegalmente al alumbrado público de Villa Roca, y para sostener los cables, en un recorrido tan largo y empinado, el camino estaba sembrado de crucetas. Por eso al barrio comenzaron a llamarlo Las Cruces.

En el morro cada quien carga su cruz, se escuchaba decir en esos días y era verdad. A los “tierrudos” les costaba mantener su casa en pie, construir una carretera de apenas tres kilómetros, librarse de la violencia urbana que llegaba en forma de bandas y milicias y, por supuesto, conseguir el pan de cada día.

La primera en levantar el madero en la casa de los Zapata Muriel fue Liliana. Era una muchachita de doce años que sólo tenía el diploma de quinto de primaria, cuando salió de su casa en busca de trabajo. Herminda explica así su decisión: “Liliana, la que hoy tiene 27 años y dos bebés, trabaja desde que terminó el quinto elemental. Yo misma salía todos los días con ella por estos lodazales. Ella para una cocina y yo para otra. Trabajó cuatro años seguidos en una misma casa y luego se colocó cada día de la semana donde una patrona distinta. La tuve interna unos años para lograr que aprendiera alguna cosa. Pero después de la primaria, realmente, no podía darle más educación. Yo misma le conseguí el primer trabajo porque necesitábamos ayuda”. Después de Liliana el turno del trabajo obligado fue para Dolly. “A ella también -dice la madre- le di solo el quinto de primaria. Ahora tiene dos niños, 21 años, y sigue trabajando”.

Con la partida de Liliana y Doris a Johana sólo le quedaba la compañía de Sandra. Con Germán jugaba en los cafetales, se mojaba en los chorros y perseguía el burro del fontanero.

Pero a Sandra, apenas unos años mayor, la sentía como la amiga afectuosa que espantaba el miedo de las noches de viernes, sábados y domingos cuando Herminda y Danilo no estaban. Para Johana y Germán la cruz de esos años era tratar de dormir a pesar del miedo que les producían las noches oscuras. A Sandra, tan pequeña como ellos, le tocaba protegerlos y hacerles creer que no pasaba nada cuando se escuchaban balaceras entre los cafetales.

Mientras los niños trataban de creer que los golpes secos en el techo eran las pisadas de un gato y no la visita de una bruja, Herminda y Danilo trataban de convertir las agresiones de los borrachos en simples saludos de media noche. "Ventero ambulante -explica Danilo- es que uno cuadra un puestico por ahí en la acera y se pone a vender. Nosotros vendíamos toda especie de comida: arroz, carne molida y fríjoles entre siete de la noche y seis de la mañana". La idea de vender típicos antioqueños en las desoladas noches medellinenses fue la herencia que un amigo le dejó a Danilo con la intención de que saliera de pobre. Y con la idea le dejó dos cajones largos con rodillos, una vajilla de plástico, un fogón eléctrico, y la clientela de la media noche: choferes, policías, coperas, jíbaros y gamines.

A las seis de la tarde de todos los viernes Herminda y Danilo atravesaban el patiecito de tierra de su casa cargados con ollas, fogones y platos. A las siete de la noche las ollas ya hervían en el cruce de Bolívar con Colombia, una de las esquinas más siniestras del centro de Medellín. "Yo llevaba casi todo hecho de aquí -explica Herminda-. Llevaba un kilo de fríjoles calados, varios kilos de carne lista para asar y arepas tostadas. Lo demás lo cocinaba allá. El arroz, el chocolate, los plátanos fritos, los huevos pericos los preparaba allá en pleno centro con luz de contrabando".

Si Herminda cocinaba y servía, Danilo cobraba y vigilaba. "Vendíamos porciones de cien, de doscientos, o de trescientos. Eso dependía de la cantidad de plata que el cliente tuviera. Hombre, que una porción de quinientos. Eso se le servía, de modo que ni él quedara aburrido ni uno quebrado. Al principio me daba pena, pero no porque el asunto fuera dificultoso. Me daba era como pena. Yo sentía la cara caliente. Pero cuando aprendí a cobrar y hasta a braviar a cuatro y cinco ladrones a la vez, se me quitaron esas bobadas".

Cuando, en el tránsito de los ochenta a los noventa, las obras de construcción del Metro de Medellín

se aceleraron y los ingenieros necesitaron la carrera Bolívar, comenzaron las presiones para que los habitantes de la noche se marcharan de la estación más importante. Una vez que las autoridades lograron espantar a los gamines, las putas, las coperas y los jíbaros del centro de Medellín también se fueron, por falta de clientela, choferes, policías y trasnochados vendedores de arroz y carne molida.

"Cuando dejamos el negocio -habla Herminda- yo me quedé en la casa porque creo que cumplía más de treinta años trabajando, y Danilo se colocó de celador. Con lo que conseguimos en el centro cambiamos el rancho de tablas por una casa de materiales, compramos el lote para la tienda y la levantamos con tablas como empieza todo por aquí". Pero ya la familia no estaba completa para disfrutarla: el trabajo doméstico había convertido a Liliana y a Dolly en mujeres independientes, y el amor le había dejado a Sandra un bebé cuando apenas tenía catorce años y no ganaba el cuarto año de escuela.

Baño en los chorros

Desde el camino que une a La Cruz con el vecino Bello Oriente, se ve a Medellín bañada por chorros de luz que caen del cielo en los días de verano. Cuando Johana y Sandra iban a la escuela se detenían, a veces, con la ilusión de que alguno les cayera sobre la cabeza pues creían que recibirlos era señal de fortuna. Pero cuando Johana los vio sola por primera vez, siguió de largo porque estaba convencida de que la suerte jamás la tocaría a ella.

En la escuela, construida en la década de los ochenta por misioneros españoles que se valieron de tablas y de fieltros para

demostrar que aún en un tugurio era posible enseñar las letras, Johana encontró, sin darse cuenta, la compañía elemental para sus días. En el patio de la escuela, Natalí, la amiga del alma; Gladys, la gran confidente; Yuli, la de risas y chanzas; Liliana, de fe casi ciega; y Tita, de cabellos largos y mirada sincera llenaron, por momentos, el vacío dejado en el alma de Johana por sus hermanas.

La amistad se estrechó y después estuvieron siempre juntas en la capilla, en la cancha que queda hoy en la vieja casa de La Manuela, en el partido de fútbol, en los paseos a la laguna, en el grupo juvenil y más tarde, en el baile. "Cuando era una niña -dice Johana mientras libera sus dedos de los anillos de lata- me ponían vestidos hasta las rodillas. Yo tenía el cabello cortico. Me peinaban partida a la mitad, sin "capul", sin nada. A veces me ponían pantalonetas, camisillas y medias a la rodilla... Y, a veces,

Desde el camino que une a La Cruz con el vecino Bello Oriente, se ve a Medellín bañada por chorros de luz que caen del cielo en los días de verano. Cuando Johana y Sandra iban a la escuela se detenían, a veces, con la ilusión de que alguno les cayera sobre la cabeza pues creían que recibirlos era señal de fortuna. Pero cuando Johana los vio sola por primera vez, siguió de largo porque estaba convencida de que la suerte jamás la tocaría a ella.

me mantenía por ahí toda mugrosa. A los doce o trece años me gustaban las sudaderas y las minifaldas, pero las blusas corticas no. Comencé a ponerme blujines a los catorce años, nunca antes había tenido uno. Ahora me gustan para ir a la cancha cuando me encuentro con las muchachas. También me gustan las minifaldas con chanclas altas para ir al baile”.

Johana no recuerda cuando bailó por primera vez. Sabe que a los nueve años creía que los vestidos de flores que le taparan la rodilla eran los mejores para ir al baile. Pero entonces iba con

“El día más triste de mi vida fue cuando mataron a mi tío. Ese día. Él vivía en Enciso y era de una banda o de una milicia, yo no sé. Lo mandaron a llamar que porque le iban a dar unas armas y nunca volvió”.

Herminda y Danilo, y también la acompañaban Yuli y sus padres Dioscelina y Rigoberto. Bailar era un juego mucho más divertido que recorrer toda la golosa sin ceder el turno. Tres años después salía a bailar sola, con Yuli, vestida con una lambada que le dejaba ver el ombligo. Desde entonces jamás falta al baile de los sábados sea cual sea el lugar de moda.

A los quince años Johana decidió que era hora de cogerse el cabello de cuando en cuando como las mayores, pues había dado pasos firmes en asuntos de mujeres. Dejó que la atracción por su primer pretendiente, un muchacho moreno y alto, se desvaneciera cuando lo vio abrazado a otra mujer en el baile. Al segundo, lo castigó con la indiferencia por haberse atrevido a besarla. Al tercero, apenas lo recuerda. Y del cuarto, guardó una fotografía entre los afiches de los famosos porque le dio el primer beso que la hizo feliz.

Capaz de desenvolverse entre hombres y mujeres se enteró, sin pudores, de cómo el barrio duerme de día y vela de noche. Aunque estaba enterada de “los cruces”, “las vendetas”, “las vueltas”, “los videos”, “las broncas”, “las malas” y “las perseguidoras” que protagonizan los *pillos* en las noches, no pudo evitar en tres ocasiones que las visitas inesperadas le enseñaran lo que era sentirse un puñado de nervios. “Muchas veces he sentido miedo. Tres veces he visto la muerte de frente. La primera vez estábamos aquí en este teléfono casi todos los de mi casa cuando llegaron los encapuchados. Me dio miedo. Nos pusieron a todos ahí contra la pared. En esa pared blanca

que hay ahí. Nos pusieron contra la pared. Requisaron a los hombres. Miraron a José a la cara y le dispararon. Hicieron otros tiros a la loca y se fueron. Ustedes no han visto nada, nos gritaron. La segunda vez, fue un día que llegaron a matar a otro muchacho aquí. Judas se iba a volar porque venían era por él. Y no lo dejaron volar. Al rato le dijeron que caminara pues, que se fuera para los chorros... pa’ Bello Oriente donde nosotros íbamos a bañarnos. Entonces él dijo que no, que si lo iban a matar que lo mataran ahí. Lo cogieron del pelo y se lo llevaron. Como a los diez minutos escuchamos el tiro. La tercera vez fue un viernes. Había mucha gente. Llegaron con una charanga. Uno me dijo que si me movía me mataba. Que no podía respirar duro. Nos insultaba. Nos decía hijos de perra. Al rato se fueron y allí abajo mataron a un morenito. Nos miraron y gritaron que contaban hasta tres y disparaban. Todos nos metimos entre los cafetales”.

Porque sintió el olor de la sangre caliente de José derramaba sobre el pavimento y porque vio el rostro amarillo de Judas pidiendo clemencia, Johana no puede olvidar a su tío Jhon. “El día más triste de mi vida fue cuando mataron a mi tío. Ese día. Él vivía en Enciso y era de una banda o de una milicia, yo no sé. Lo mandaron a llamar que porque le iban a dar unas armas y nunca volvió. Ya fuimos y allá estaba el velorio. Tenía la cara hinchada y las manos todas quemadas. Era el tío que yo más quería”.

El día del funeral de John, el tío que la cuida desde una fotografía en la parte baja de su cama, Johana comprendió el llanto de locas de sus hermanas cuando les mataron los maridos. “Herman era el marido de Sandra, era miliciano. Cristián era el novio de Liliana, también era miliciano. Un día los mandaron llamar para una reunión. Allá los cogieron, les dijeron que los iban a matar, que se arrodillaran. Ellos dijeron que no. Entonces los amarraron con los cordones de los zapatos y los mataron. Sandra tuvo un niño de él, cuando ya estaba muerto”.

En estos pasos por el miedo y la tristeza Johana ha descubierto que le gusta ver las balaceras y que no tiene ilusiones en esta vida. “Qué que quiero ser... nada. Yo no tengo un sueño de ser doctora o eso... no... Ah, me gustaría pagar servicio militar. Me gustaría tener un arma en la mano, pero un arma legal. Sí. Y ya. Dicen que yo soy muy bajita y no puedo. Yo ya tengo 16 años. Ya no crecí. Yo iría a la guerra a disparar. A mí me gustan las cosas de adrenalina. Tirarme de un paracaídas, montar en la montaña rusa... Uno siente que se le desprende el corazón, que se le paraliza. Y hasta bueno que se le paralice”.

Carta astral

A la una de la tarde del 21 de diciembre de 1982 un tirón en el bajo vientre le anunció a Herminda Muriel que su quinto hijo se abría paso. Con la tranquilidad de mujer experimentada preparó poncheras, hirvió tres litros de agua, extendió las toallas sobre la cama, esterilizó con fuego y alcohol las tijeras, se puso una pijama y se sentó a contar los minutos y las contracciones por minuto. Tres horas después se tendió en la cama a esperar el desgarrón final y a rezar para que por lo menos la Virgen la asistiera.

A los veintiséis años Herminda gozaba de un cuerpo saludable formado en el duro trabajo campesino. Con sus brazos redondos y largos había cargado leña desde los siete años cuando, para sobreponerse a la muerte del padre, los hermanos mayores se encargaron de abastecer de madera a las familias vecinas a cambio de alimento. Sus piernas se hicieron fuertes en las largas caminadas entre su casa campesina en la vereda Guasabra de Santa Fe de Antioquia y las haciendas plantadas a la orillas del río Cauca donde los granos se cosechaban sólo tres meses después de sembradas las semillas. También su corazón era rudo. En Guasabra había visto nacer, crecer, hinchar y morir a un hermanito que no quiso responder a los litros de bebidas aromáticas que la madre le dio para espantarle el mal que se lo empezó a llevar el mismo día que murió el padre.

Con esos brazos de campesina fuerte se sostuvo un poco levantada del colchón. Las piernas largas le sirvieron para aguantar el cuerpo cada vez que el bebé empujaba. Y el corazón, probado en mil batallas, no le falló a la hora de dar a luz sola, sin Danilo, en una de esas casuchas miserables donde duermen los jornaleros de las tierras cafeteras.

Cuando Johana lloró por primera vez, Danilo completaba veinte días desaparecido. "Johana nació como a las cinco de la tarde. Estuve de malas porque no me tocó. Estaba encanado por portar un machete, que los policías llaman arma blanca, en una cantinita que quedaba a la salida de Ciudad Bolívar, el pueblo donde vivíamos. Ella nació en un parto normal. A mí me largaron un 22 de diciembre de la cárcel y el día anterior la había tenido ella sola ahí en la casa. Cuando eso apenas estaba este pelado empezando a caminar y las otras muy pequeñas. Es bueno ver nacer un hijo, uno siente alegría. Ya había estado en el parto de Germán. Y por eso sé que uno debe ver nacer los hijos. Yo llegué y encontré la niña. Yo no sentí mucha alegría porque yo quería verla nacer. No me tocó, pero la aprecié también".

Después del abrazo del reencuentro, Danilo y Herminda se tendieron sobre la cama a reparar los ojos, la piel, los dedos y las plantas de los pies de la niña. La miraron largo rato y decidieron que sería la última Zapata Muriel. Estuvieron de acuerdo en que era tiempo de reposar, mirar hacia atrás y preparar el futuro en la ciudad. Para los dos la infancia fue una época de carencias y vejaciones, la adolescencia un tiem-

po de tristezas y desapegos, y la madurez una edad de responsabilidades y sacrificios.

A los quince años Danilo Zapata empezó a creer que el mundo de Santa Rita de Ituango era demasiado estrecho para sus ímpetus de aventurero. Hasta entonces su vida sólo se diferenciaba de las de otros muchachos campesinos porque su padre, además de aserrador, era matarife. Y en pueblos pequeños con un hombre que sea diestro en el sacrificio de animales basta durante décadas. Como los otros, Danilo trozaba a golpe de hacha árboles de monte -robles y laureles-cargaba diez bestias y las arriaba por caminos de neblina, mientras humaba un "cosito" de marihuana, hasta la calle principal del pueblo donde encontraba familias dispuestas a la compra.

Una vez libre de la carga empacaba maletas para ir a la escuela, el lugar del encierro y la torpeza. "Por ahí de la edad de siete años me entraron a la escuela. Para mí no era imposible estudiar, pero si era muy rudo. No mantenía ánimo. No tenía buena inteligencia. Es que uno a la edad de quince años y todavía en tercero de escuela... eh... aprendí a leer, pero no de corrido. Soy malo para las matemáticas. Que sepa algo bien: sumar, pero no restar, no multiplicar, menos dividir. A esa edad mi papá dijo que no me daba más comida ni más estudio porque ya estaba muy grande".

Humillado y avergonzado, Danilo decidió dejar su casa para siempre. Cuando tomó a pie el camino que conduce de Santa Rita de Ituango a Valdivia, y por ahí al Bajo Cauca, dejó en el pasado a su numerosa familia. "Yo soy, porque mi papá fue casado en dos veces, hijo de la segunda mujer. Soy de los mayores de la segunda mujer, pero el octavo de todos. O sea: de los quince hijos que tuvo mi papá en dos mujeres, yo soy de la mitad". Con su decisión partió a la familia entre los mayores y los menores que Danilo, el que se fue.

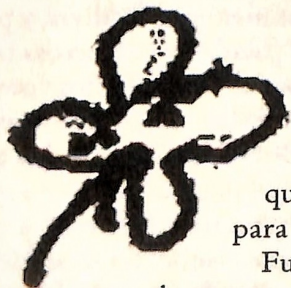
Durante nueve años, Danilo vagó por los pueblos mineros pero no buscando oro. "Decidí no saber nada de la familia, me fui muy desengañado, muy desprestigiado. No me interesaba que se dieran cuenta de mí, ni darme cuenta de nadie. Yo por donde andaba, andaba y no decía de dónde era, ni nada. Estuve pa' Tarazá, Puerto Raudal, Zaragoza, Bagre... por allá camellando". *Emprestando* potreros, sembrando pasto para vacas, se ganó la vida durante casi una década. De las tierras del

Cuando el sonido ronco de un viejo reloj despertador anuncia las cinco y cincuenta de la mañana, Johana brinca de su cama como un gato sobresaltado. Solo cuando el agua helada de la ducha le cae por la espalda abre bien los ojos y se da cuenta de que acaba de empezar otro día de rutina y soledad.

oro fue a parar a las cafeteras donde descubrió los ojos claros de Hermina y la hizo su mujer.

A Ciudad Bolívar había llegado Hermina en la larga peregrinación que emprenden los campesinos pobres del occidente de Antioquia cuando se agotan definitivamente los suelos. Enterrados el padre y un hermano, seca la tierra, agotada la madera de los bosques, vencidas las tierras ribereñas donde las semillas daban frutos en tres meses, la madre decidió dejar a su natal Guasabrá en busca de sustento para los hijos. "Cuando yo tenía quince años nos fuimos de la vereda. Mi mamá salió con todos. Nos fuimos a coger café. Parábamos así en fincas. Allí le pagaban a uno lo que cogiera. Trabajábamos mi mamá, un hermano y yo. Pero los otros hermanos no, porque estaban muy chiquitos. Las mujeres todas sabemos escribir y leer, pero los hombres no aprendieron nada".

Cuando la cosecha cafetera terminaba y los jornaleros se repartían como hormigas por toda Colombia en busca de subidas de pescado, apariciones de minas e inicios de grandes construcciones donde pudieran encontrar oficio, Hermina se ofrecía como sirvienta en casas de familia. "Yo ya tenía las tres niñas mayores y trabajaba duro en las fincas para mantenerlas. Cuando salía para



Medellín en busca de trabajo las dejaba con mi mamá. Lo más horrible era la despedida: saber que me venía para Medellín y que tenía que esperar un mes para volverlas a ver".

Fue en una de esas visitas de fin de mes, cuando Hermina se enamoró de Danilo y aceptó convertirse en su mujer con la promesa de darle nuevos hijos si él acogía a las tres niñas como propias. Así nacieron un niño rubio y largo llamado Germán como su padre, para que nunca olvidara el origen; y una muchachita menuda y trigueña, que una tía decidió llamar Johana Milena para que el destino se encargara de abrirle vida fuera de los cafetales.



Casa de cristal

Cuando el sonido ronco de un viejo reloj despertador anuncia las cinco y cincuenta de la mañana, Johana brinca de su cama como un gato sobresaltado. Sólo cuando el agua helada de la ducha le cae por la espalda abre bien los ojos y se da cuenta de que acaba de empezar otro día de rutina y soledad. Debajo de la ducha, su cuerpo de dieciséis años se ve lánguido a pesar de

que en un año de trabajo pasó de treinta y cinco a cuarenta y cinco kilos de peso. Los diez kilos más se le acomodaron en la cadera y en las piernas. Su vientre sigue plano como cuando tenía doce años y se bañaba en los chorros de Bello Oriente; sus brazos delgados son los mismos que le servían para coger guayabas ácidas de los árboles que crecían silvestres en el camino hacia la escuela; y sus pies, talla treinta y cinco, son los mismos que pisaban el pantano de La Cruz después de las tempestades.

En cinco minutos -como si estuviera en la milicia- debe asearse, vestirse y presentarse en la cocina de la casa blanca y brillante, donde oficia como empleada doméstica. Ella es «la muchacha», como las llaman en Medellín, de una pareja que se quedó sola después de parir, criar, educar y despedir a tres hijos. El café batido es la única bebida que los viejos soportan antes de las seis y treinta de la mañana. A esa hora, la mujer está envuelta en una bata levantadora que la hace ver gorda, y el hombre ya ha pasado varias veces la peinilla por su cabello negro untado de tintes que le ocultan las canas.

El ruido que hacen las bocas de los tres cuando beben, son los primeros ruidos de la mañana. Ni la ducha de Johana, ni sus pasos, ni los choques del agua caliente contra la tapa de la cafetera, ni el molinillo fabricando espuma en el café han alterado el monacal silencio de la casa. Sólo los sorbos de café dan lugar a las primeras conversaciones. Hablan de los sueños de la noche anterior, casi siempre. Sueñan con amigos de una infancia tan remota que parece ajena. Algunos están muertos y otros alcanzarán a celebrar los noventa años. Johana los escucha. Y calla.

Después del saludo de los viejos siguen las atenciones al naranjo, un árbol joven que muda hojas todas las semanas y nunca florece. En el antejardín, un trozo de verde que sirve de barrera entre la calle y la fachada blanca, Johana vive sus cinco minutos de contacto con el viento. A las siete, el aire del Valle del Aburrá es todavía fresco y levanta suavemente las hojas que Johana debe atrapar. A veces, cuando la niña se entretiene explorando el nido construido sobre una rama desprovista de follaje, reparando las agujas que cubren la piel de los gusanos verdes, o saludando a un celador que desde una bicicleta le da los buenos días y le echa un piro-piro, una voz ronca y vieja le recuerda que llegó la hora de volver a la casa.

Cuando el piso refleje las imágenes como si fuera un espejo, Johana sabrá lo que es el éxito. Una trapeadora impregnada en desinfectante primero, y en aromatizador después, le sirve para reparar una a una las baldosas de la casa. De tanto mirarlas, ya sabe cuál es áspera y cuál per-

fecta, en cuáles la trapeadora saca un brillo como de cera y en cuáles las manchas de ácidos y detergentes tienen formas de tigres y conejos. Primero la sala, después el comedor, más tarde el pasillo y por último los tres cuartos. El primero, frío y sin aliños, espera la visita de algún huésped. El segundo, el de los viejos, tiene cortinas de tul y pesados muebles. El tercero, el de “la muchacha”, no tiene más que una cama blanca, una mesa de noche, y un espejo. Ahí, en su propio cuarto, termina Johana el único oficio doméstico que soporta sin reniegos.

“No disfruto nada de la cocina. Uno se quemaba. Las tapas se le caen. La comida queda muy maluca”, dice Johana antes de confesar sus recetas de cocina. “El chocolate del desayuno se prepara en *aguapanela* y se sirve con arepa, pan y quesito. El maíz para las arepas se cocina por la noche y todas las mañanas, después de trapear los cuartos, se muele en la máquina, se amasa, se aplanchan las arepas y se asan en la parrilla. Los frijoles se ponen en fuego bajo desde las nueve de la mañana. Al rato se les echa la sal. Y por ahí a la tres de la tarde se apagan. Los frijoles se sirven a la comida. La sopa de verduras no lleva sino una verdura. O sea: si es de arvejas se echan en la olla con sal y ya. La carne se sala, se unta de cebolla licuada y se fritada en aceite bien caliente. Y así se hace todo”.

Mientras que la sopa de verduras, o sea de arvejas, coge el sabor de la sal, Johana se enfrenta a los baños. “Son dos. Siempre los lavo a las once de la mañana. Todos los días a las once. Cepillo bien los lavamanos, limpio los espejos, me pongo los guantes para lavar la taza, le echo agua caliente a los baldosines de la ducha y refriego jabón revuelto con límpido en las esquinas y cerquita de las rejillas”.

A las dos de la tarde, después de desprender los asientos de sopa de la olla y de quitar algunos restos de arroz de los platos pandos, comienzan para los viejos dos horas de sueños reparadores y para Johana dos horas de total intimidación. Encerrada en su cuarto de cama, mesa de noche y espejo, intenta reparar los estragos causados por el esfuerzo. Cepilla su cabello con una lentitud inusual y lo deja suelto. “Lo bueno de ser mujer, es dar más hijos a la vida, tener novio y que los hombres lo admiren a uno”, dijo una tarde para conjurar un pensamiento que le había robado la tranquilidad: si fuera hombre no estaría de esclava en esta cocina.

Como es mujer desenreda su cabello, lava sus pies con agua caliente después de ocho horas de trabajo y se tiende en la cama con la ilusión de ser la elegida de un príncipe azul. A esta hora no vendrá ningún muchacho protegido por una camándula colgada del cuello y por cuatro

escapularios de la Virgen del Carmen y de María Auxiliadora amarrados en las muñecas y en los tobillos. A las dos de la tarde, en la soledad de un barrio de clase media de Medellín, los príncipes sólo aparecen en las pantallas de los televisores. *Gokú* es el guerrero encargado de defender a los planetas de los ataques de extraterrestres y robots. Aparece en la pantalla vestido de rojo, con el cabello amarillo de *supersayayin*, un soldado que en su larga vida de combates ha alcanzado los máximos poderes. Cuando avanza sobre los campos de batalla se ve imponente porque el viento que acompaña a los vencedores levanta su cabello.

El héroe de *Dragón Ball Z* tiene las manos untadas de sangre, y príncipes así, son los que Johana conoce. “A mi no me gustaría ser *Milk*, la esposa de *Gokú*. Yo no me haría novia de un muchacho así. No me enamoraría de un muchacho porque tuviera un arma sino porque me gustara de verdad. Qué tal... uno conseguirse un esposo de esos... se lo matan... y quede uno sufriendo nada más y llorando como las hermanas mías”. Antes de que el programa termine, y porque los ronquidos de los viejos no se escuchan desde el cuarto, Johana apaga el televisor porque van a despertar, y porque lejos de su casa la sobresaltan funestos pensamientos.

Las imágenes de extraterrestres derrotados por *Gokú* le traen recuerdos sobre los guerreros y las batallas de La Cruz. La sospecha de que los encapuchados pueden meterse en su casa la horroriza y la hace llorar por su familia muerta “Si yo supiera que a Germán, el hermano mío, lo mataron y me contaran quién fue, lo vengaría. Me volvería bien mala. Si yo supiera quién mató a mi tío John, creo que lo buscaría. Yo tengo miedo de Dios, pero me duele mucho que maten a la gente que uno quiere”.

Frente al espejo escueto, y después de tragarse las lágrimas, Johana se ve como si no hiciera parte de este mundo. “Casi todas las tardes me agarra la soledad por ahí a las tres de la tarde cuando descanso del trabajo. La soledad es que uno se siente como si estuviera en un sueño. En el trabajo, ahí especialmente me siento mucho, mucho, muy sola. Me siento muy maluca. A veces me dan ganas de llorar. Cuando me pongo a pensar en todo, en lo malo que ha pasado, me pongo a llorar. Pienso qué voy a hacer en la vida. Los lunes me siento muy aburrida y los martes, también. Las tardes son tristes”. La colcha de algodón que cubre su cama de “niña del servicio” es el único consuelo en esas horas de dolor. Rozar la punta de la nariz, humedecida por el llanto, sobre el acolchado blanco le da un consuelo infinito.

Antes de que acabe el descanso, Johana re-

visa una cajita de metal donde guarda con qué satisfacer sus deseos. Los cien mil pesos del salario del mes están intactos porque como no sale, no gasta. “Me pagan cien mensuales. Me dan los pasajes y el señor me da mil los sábados para que gaste. Este año voy a recoger la plata para comprar un equipo. Un miniequipo cuesta doscientos cincuenta mil. Si trabajo tres meses sin gastar, de aquí a abril ya lo tengo. Ahora hay que pensar en gastar. Gastar que es lo que más me gusta. Todo lo que veo me lo compro. Ese equipo me gustó y yo sé que todavía está en la vitrina”.

A las cuatro de la tarde las puertas de las habitaciones se abren. De la principal salen los dos viejos: ella refunfuñando y él diciendo chistes que la sacan aún más de casillas. Del cuarto de “la muchacha” sale Johana, por fin libre. Otra vez

Ese ruido seco es la señal de que otro día de trabajo acaba de terminar. Johana recoge la ropa, guarda la plancha, apaga las luces y se encierra en el cuarto a rogar que le llegue el sueño para espantar los pensamientos tristes.

cepillada y pintada los labios, cae de nuevo en la cocina. Primero un refrigerio, que los viejos llaman “el algo”, preparado con chocolate acanelado y pan con mantequilla que todos comen en la cocina. Después, una vez la vajilla regresa a la despensa, la tediosa preparación de la comida: descongelar la carne, lavar una cebolla larga y picarla, lavar un tomate de aliño y picarlo, licuar la cebolla y el tomate con una pizca de sal, machacar la carne con una piedra, untar el adobo de cebolla y tomate sobre las carnes adelgazadas a punta de golpes, y poner a calentar el aceite a fuego medio.

Para no maldecir porque la sal hurga en las viejas heridas de los dedos, Johana traga frijoles, arroz, tajadas, carne y café caliente sin pronunciar palabras. En el comedor, los viejos comen despacio porque esperan a alguien. En el tercer puesto, por orden de la señora, Johana dispone todos los días, un juego de cubiertos más. Si el huésped aparece sin anunciar, el comedor y la alcoba le darán la bienvenida. A las seis de la tarde, la siesta y el clima fresco les han devuelto el buen humor. Hablan de viajes remotos y, casi siempre, ven fotografías o leen cartas.

Desde la cocina Johana los oye conversar, pero imbuída en sus monólogos, siente sus voces tan lejanas como los cantos de las chicharras. Para espantar la pena que le ocasiona asear la cocina durante casi una hora, Johana planea qué dirá cuando esté frente a situaciones inesperadas: “Muchachas: voy a ver a Enrique Iglesias en persona”, “Apá: me voy de la casa. Voy a vivir en el centro con unas amigas”, “Yo si me voy a vivir con usted, Diego”, “Mamá, tenga estos cien mil para que le eche baldosa a la casa”, “Me vende esos tenis de ochenta mil”, “Taxi... me lleva a mi casa en La Cruz, por favor”... Un chuzón la saca del embeleso. El alambre suelto de una esponjilla acaba de clavarse en la base de un uñero.

Frente a *Paquita Gallego*, la ingenua niña de Malvinilla que después de ver muerto a su anciano marido comienza una historia de matrimonios frustrados, los tres vuelven a encontrarse. Los viejos ocupan las sillas mecedoras y Johana mira la televisión desde la mesa de planchar. Mientras Paquita intenta descifrar los misterios de la casa de Tatiana, una escritora inválida, Johana desliza la pancha caliente sobre las camisas del viejo y las faldas de la señora.

Una caminata por la orilla del lago lleva a Paquita a encontrarse con Andrés Hidalgo, el amor de su vida. Después de titubear un poco, de excusarse, de pedirse autorización, la pareja se besa apasionadamente. Johana cierra los ojos y recuerda el primer beso que la hizo feliz. Era un sábado después del baile cuando Johana y Juan Guillermo bajaban por la carretera corriendo y gritando. Por ser oscuro y pantanoso, caminaron despacio por el camino de los pinos, y ahí fue... en esa lentitud y en ese silencio de la madrugada, cuando él le tomó suavemente la cara y posó sus labios sobre los suyos. “Era la primera vez que besaba, la primera vez que recibí y daba un beso tranquilamente y con ganas. Ese ha sido uno de los momentos más felices de mi vida”.

Sonriente y plácida estaba Paquita Gallego cuando Johana abrió los ojos y volvió a mirar la televisión. De ahí en adelante no le importó el intento de suicidio de Rina Marcela, la mala de la novela, ni que los viejos durmieran arrullados por el murmullo del televisor. Después del beso, pega los botones desprendidos de una camisa de dormir y piensa en el amor. “Yo quiero un hombre bonito, bien bonito. Yo no sé, no sé como es un hombre bonito. Con los labios gruesos. Cariñoso, que no me pegue, que me saque por ahí a cine, a pasear y a bailar. Ojalá que yo lo vea y ahí mismo me guste y yo también le guste. Que no sea un hombre picado de esos que lo saludan a uno cuando les da la gana, que

no saben cómo caminar, ni cómo vestirse, ni cómo hablar. Yo veo los hombres y sé si están bonitos o feos para mí”.

La señora es la primera en acostarse. Media hora más tarde, y después de husmear papeles viejos, el hombre camina por el pasillo con un vaso de agua en la mano y tira la puerta del cuarto. Ese ruido seco es la señal de que otro día de trabajo acaba de terminar. Johana recoge la ropa, guarda la plancha, apaga las luces y se encierra en el cuarto a rogar que le llegue el sueño para espantar los pensamientos tristes. “A esa hora el aburrimiento me da por pensar en mi mamá. Yo quisiera que ella pudiera bajar para hablarle y mirarla por los vidrios de la ventana, sin hacer ruido. Me da mucho miedo morirme en esa casa, en esa cama”.

Lo que dicta el corazón

A las dos de la tarde de los sábados se forma un remolino de mujeres en el paradero de buses de Manrique. A unos pasos de la iglesia de San José, en el cruce de la Avenida Oriental con Colombia, un tumulto de mujeres bulliciosas vestidas con colores brillantes se apodera de la acera mientras aparece el 063. Las más escandalosas son las gordas que lucen medias de seda y zapatos altos. Fuman. Mientras fuman hablan de la pelea con la patrona, de la desgracia de la patrona, de las compras de la patrona, de la rabia con la patrona. Más tímidas son las niñas, uniformadas con ombligueras, que esculcan en los bolsos de sus amigas para ver los tenis, el perfume, el pasamontañas o el reloj que acaban de comprar con el salario de la semana. Las otras del tumulto son las viejas, abuelas ya, que no lucen ropas nuevas, ni pelean, ni hablan.

El 063 anuncia su llegada con el pito, el motor acelerado y música de baile. El 063 pita y los corrillos se deshacen. Todas las mujeres corren hacia la puerta para ser las primeras en subir y recibir el “siga mi amor” de un chofer joven y buen mozo. El viaje más dicharachero del 063 empieza. A las dos de la tarde no hay tristeza camino hacia La Cruz. Las mujeres reanudan sus conversaciones, las niñas cantan los vallenatos que escucha el chofer, y las viejas se quitan los zapatos, apoyan la cabeza en las ventanillas y roncan mientras la fiesta en el 063 crece a medida que el bus trepa las empinadas calles de la comuna nororiental.

Yuli, la de voz metálica y nariz de muñeca, lleva una blusa de velo negro que le deja ver, como en sombras, los brazos, los senos y la espalda. Johana luce un gorro azul con rayas blancas, que los muchachos del barrio llaman pasamontañas, y tenis, también azules, de los que venden por montones en el centro de Medellín. Hablan y mientras hablan registran las calles con la esperanza de que Tita alcance a subir en el bus de las dos. Hablan de los anillos que la patrona le regaló a Yuli, de los mil pesos que el viejo le dio a Johana y de la hermanita de Liliana que no quiso volver a la escuela. “Que haga lo que le dicte el corazón”, dice Johana y se distrae viendo como duermen las señoras en el bus.

Por la carretera que lleva a La Cruz, Yuli y Johana suben sin prisa, con pereza. Las dos dejaron de ir al colegio el mismo día, las dos vieron llorar a sus mamás que esperaban recibir de ellas el único diploma de bachillerato de la casa, las dos heredaron el oficio de sus madres, las dos siguieron los pasos de sus hermanas. A las dos les gusta más la plata que los libros. Johana habla por las dos: “nos fuimos a trabajar a una casa, a una cocina porque no hay más. Porque nosotros nos sabemos hacer nada más. Porque los maestros no nos enseñan sino a factorizar, a sacar raíz cuadrada, a multiplicar por el 314159... y eso, en estos lodazales, para qué sirve. Yo creo que sí nos gustaría trabajar en otra cosa. Como en una empresa, pero eso es ya soñar muy alto y nosotras somos menores de edad. Sería bueno dejar las cocinas, pero no tenemos posibilidades y nunca vamos a tenerlas, nosotras no vamos para ninguna parte”.

En la Y, el punto de la carretera donde los caminos para La Cruz y Bello Oriente se separan, Johana saluda a Danilo con simpleza y ataca el mecato de la tienda: quiere gaseosa y papas fritas, chicles y chocolatina. Con el botín pasa la calle de tres brincos y cae en la casa de Gladys, una amiga experta en calcar dibujos de las revistas. Quiere un Capricornio grande para mandárselo a tatuar en una nalga. Después del encargo se va a la casa. Le entrega una manzana a la mamá y le grita a Germán que le desocupe la chaqueta porque la necesita.

Sobre la cama azul, rodeada por las fotografías de los famosos, desenreda su cabello como primer paso de lo que significa estar lista para el baile. Con la mano untada de una sustancia pegotuda, rosada y de buen olor recorre su cabello desde la raíz hasta las puntas. Otra vez, el cepillo pasa y arrastra los grumos que la gomina ha formado en las puntas. “Esta gomina -explica- la uso para entiesarme el cabello y para que parezca mojado toda la noche”.

En La Cruz la noche comienza cuando el padre Julio bendice a las muchachas reunidas en la capilla. Durante dos horas ha intentado conjurar los peligros que persiguen a las niñas que trabajan fuera de la casa y que se disponen a bailar hasta que se esconda la luna. “El padre Julio nos dice -resume Johana- que no nos vayamos a ir a dormir de una con un hombre. Que nos cuidemos. Que los hombres no son machos por acostarse con cinco o seis mujeres a la vez. Yo no sé él porque dice eso. Será que sabe que aquí la mayoría tienen relaciones sexuales por ahí a los doce. Por allí vive una de catorce años que está en embarazo. Nada más dice eso, pero no nos habla de planificación. Yo no sé nada de eso. Sandra, mi hermana, me hablaba a veces. Yo creo que las muchachas si planifican, pero de eso no hablamos porque nos da pena”.

El cura las bendice y ellas salen de la capilla en una algarabía incontenible. Las carcajadas de Yuli se escuchan desde la cancha y también se oye cuando amenaza a una morenita con revolverla en el pantano si sigue riéndose de ella.

Mientras Yuli maldice, Johana se deja llevar por Diego hacia unas escalas de cemento donde hablan mientras oscurece. En la cancha de La Cruz huele a empa-

nadas fritas y a marihuana. “La marihuana -cuenta Johana cubierta con la chaqueta roja- no hace daño. Ya probé y fume varias veces. Por Manrique hay una casa donde uno compra *los cositos* y una vieja gorda vende *perico*. Lo mantiene en una ponchera. Uno entra y ve esa harina ahí sobre una mesa. Ella vende menudeado lo que uno necesite. En el centro, por el Parque de San Antonio también venden. Una vez fui a comprar una onza, que se puede cargar escondida debajo del reloj, y el muchacho me dijo que yo tan chiquita y metida en eso. No me vendió. Y yo no sé... nunca volví a comprar”.

A las ocho de la noche un hormiguero de muchachos cae donde El Mono, el *disc-jockey* de moda. Los más viejos buscan asientos en el interior del segundo piso del bailadero. Los más jóvenes prefieren quedarse en las escalas y en la calle para evitar el calor y el humo. “Lo que yo más anhelo en la semana es este momento, venir a bailar. Yo bailo con todos los amigos, con el que me saque. Bailo con cualquiera, menos con señores. Yo bailo con muchachos de mi edad. El baile tiene algo muy especial. Algo que me atrae mucho, algo por lo que me gasto la plata que estoy ahorrando, por lo que peleo con mi mamá. Es algo más fuerte que yo”.

Cuando Johana comienza a bailar vallenatos sobre una baldosa, pasa Germán con un mechón de pelo, también engominado, sobre la frente. Simplemente la mira y sigue de largo. “Yo no me relaciono con ella, dice, éramos amigos, pero ahora ya no me relaciono con ella. No me gusta andar con ella. A veces alego con ella por los novios que se consigue, por los manes con que baila. Nunca salimos juntos. Nos vemos por ahí y no nos saludamos ni nada. Hacemos de cuenta que no somos nada”.

Germán sigue, carretera abajo, con su camándula alumbrándole en el cuello. Atrás deja el baile, los amigos y la novia. “Tita, con la que estoy charlando, también trabaja, pero yo no la veo mucho porque ella vive por allá arriba. Me dice que trabaja en una marquería y eso es distinto a una cocina. Pero de todas maneras a estas peladas tan raras el trabajo no se les ve. Todos los sábados vuelven iguales, normales. Nada les cambia. Hablan igual, se visten igual, piensan igual, y así para qué trabajar. Para venir los sábados a beber al barrio, no aguanta...”

Después del vallenato sobre una baldosa, Johana se arriesga al *raga*, un ritmo caribeño que no domina. Después de cinco piezas cae sobre la acera, fundida. Por primera vez en la semana sonrío por el único motivo de sentirse liviana, desprendida del mundo. También Yuli se siente sobre las nubes. Habla del niño que cuida y de

**Por la carretera que lleva
a La Cruz, Yuli y Johana
suben sin prisa,
con pereza.**

**Las dos dejaron de ir
al colegio el mismo día,
las dos vieron llorar a sus
mamá que esperaban
recibir de ellas el único
diploma de bachillerato
de la casa, las dos
heredaron el oficio de
sus madres, las dos si-
guieron los pasos de sus
hermanas.**

porqué ella es la mejor niñera de Medellín. Levanta media botella de brandy y brinda por la luna llena que va a caer sobre La Cruz. “Me gusta todo lo que hay alrededor del baile -habla Johana- menos el trago. No me gusta beber porque cuando uno está borracho es como si el cuerpo no fuera de uno. Así uno no se puede divertir. Yo me emborraché a los doce años, la primera vez, y no me gustó. Vomité hasta el otro día”.

A las tres de la mañana Liliana y Tita abrazan a Yuli para ayudarla a caminar por la carretera empinada. Hace rato que el brandy la hizo reír, la puso a llorar, y la mandó a dormir. En la cancha de fútbol, donde se vence la cuesta, las muchachas sueltan las últimas car-

cajadas de la noche de fiesta que expira. Johana y Diego bajan por la carretera como si descendieran por un tobogán. En el cruce con el camino de los pinos se detienen y ríen mientras recuperan el ritmo normal de la respiración. Después del beso de la despedida Diego aprieta las manos heladas de Johana. Ella cierra los ojos para no llorar. Uno de sus anillos de lata ha abierto las viejas heridas de sus dedos. El ardor le recuerda que el baile terminó y que no es más que una pobre cenicienta. (Medellín, mayo/2002) ■





UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1803

Facultad de Comunicaciones



ALTAIR
HIPERMEDIA

<http://altair.udea.edu.co>

- ▶ **PROGRAMACION A LA CARTA**
- ▶ **PROGRAMACION EN DIRECTO**
- ▶ **RETRANSMISION DE LA
EMISORA CULTURAL
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
101.9 FM**

Ciudad Universitaria, Bloque 12 oficina 121

Telefono 2105900

Email: contacto@altair.udea.edu.co